



REVISTA DE INSTRUCCIÓN Y MORAL
DIRIGIDA POR

DON JOSE NOVA Y PEREDA

REDACTOR EN JEFE

P. A. CARRASCO Y ALVAREZ

Año VI

Madrid 15 de Abril de 1883

Núm. 108

SUMARIO

I. La educación: Cartas á una niña. — II. Los Estados cristianos desde 1212 á 1350. — III. Trasmisión de la fuerza por los hilos telegráficos ordinarios. — IV. Marta. — V. Nuestro grabado. — VI. La tierra. — VII. A S. A. la Serenísima Infanta doña Paz. — VIII. El viejo misterioso. — IX. El lago. — X. Historia de las columnas.

LA EDUCACIÓN

CARTAS Á UNA NIÑA

VI

EL TEATRO

QUÉME hablarte hoy, mi cariñosa Amparo, de la influencia que el Teatro, como gráfica representación de la vida humana, ejerce en las costumbres sociales; influencia que emana de esa misma naturaleza, según la definición que del Arte dramático estampé en mi anterior carta, tomada de un célebre autor contemporáneo.

En efecto, la Poesía dramática tiene por objeto los hechos todos que forman la complicada y misteriosa urdimbre de la vida, presentados, nó de la manera ordinaria en que generalmente se suceden cada día, desprovistos de interés y faltos de orden y correspondencia mutua, sinó con tal viveza y energía, con tal realce y fuerza de expresión, que, en este concepto — preciso es confesarlo — la Dramática supera en mucho á los demás géneros poéticos y aún á todas las demás Artes en general; porque élla afecta á la inteligencia, la cual analiza la obra para descubrir las bellezas que contiene y los defectos de que adolece, aprecia el esfuerzo realizado por el autor y se forma una idea de su genio creador y el talento de artista que le distingue; afecta á la sensibilidad interno-externa que goza con la serie de emociones que experimenta ó con la impresión que le produce el aparato escénico y las demás artes auxiliares de la Poesía dramática, como toda potencia se goza en la contemplación ó posesión del objeto que constituye fin; su afecta á la fan-

tasía, que se recrea contemplando la viveza de las imágenes, lo armonioso y flúido de los versos ó lo castizo y elegante de la prosa empleada por el autor; afecta, en una palabra, á todo nuestro organismo espiritual y material, pues como es la más fiel expresión del hombre en sus múltiples relaciones sociales, se hace forzoso que el hombre todo, con sus vicios y pasiones, sus tendencias é instintos, sus virtudes, su elevación de miras, su rebajamiento de carácter, sus facultades y potencias, etc., sea objeto exclusivo y propio de la Dramática en general.

Por las sencillas consideraciones que anteceden, puedes juzgar de la importancia social del Arte que nos ocupa y del influjo que indudablemente ejerce en las costumbres; pero debemos tener en cuenta además el carácter especial y propio de la Poesía dramática, que le distingue de los otros géneros poéticos, cual es la misma forma de expresión que adopta. Porque la obra dramática no es como la Novela, la Lírica ó la Epopeya, que suelen leerse en la tran-

quilidad del gabinete, ó á lo sumo, entre los individuos que constituyen la familia dentro del hogar doméstico; de modo, que puede decirse que afectan sólo al individuo; mas el espectáculo que ofrece la Dramática es presenciado por un numeroso público, ávido de emociones, que se deja influir por la impresión del momento, y que tal vez participa de los deseos y afectos, de los sentimientos y pasiones que animan al poeta.

Por esto es el más popular de los géneros poéticos, porque toda una multitud acude presurosa á presenciar la serie de hechos que van á pasar ante su vista, y que le agradan é interesan tanto más cuanto que en ellos se vé fiel y exactamente retratada: ella vé y toca la realidad en el Teatro; es un mundo en pequeño el que contempla: allí el hombre, resolviendo los graves problemas que afectan á su honor ó á su reputación; allí el amor puro, sorprendido por la perversa hipocresía ó aguijoneado por el vil interés que envenena el alma; allí los brillantes rasgos de bondad sublime mezclados con los siniestros fulgores que despiden los sentimientos bastardos y egoístas; el choque de encontradas pasiones, la explosión de mal comprimidos afectos, la continua y gigante lucha de la vida.

Así es que el espectador persigue con interés creciente el desarrollo de la acción, le preocupa poderosamente la trascendencia del asunto, la moralidad que encierra, el ideal que persigue el autor, y llega á identificarse por completo con la personalidad del poeta, reflejada en la producción dramática, sin que por eso la obra deje de ser encarnación viva de la idea, pedazos palpitantes de la realidad, reproducción gráfica y exactísima de la vida humana.

Tales son las condiciones que caracterizan á la Poesía dramática, y tal el momento, pero eficaz influjo que el Teatro ejerce siempre en el corazón de las muchedumbres, hasta el punto de que, en ocasiones, un autor dramático de vigoroso estro poético y profundo genio artístico, cambia por completo la faz de una sociedad determinada, y la obliga á pensar, sentir y querer de la misma manera que él piensa, siente y quiere; á obrar en armonía con los principios y reglas de conducta que establece en sus obras, y á concebir la vida de idéntico modo que él mismo la concibe.

¡Loor y gloria al genio, que persiguiendo el ideal del verdadero Arte, logra encauzar al pueblo por la vía de la virtud y alumbrar su camino con los vivísimos rayos de la verdad embellecida, la bondad sublimada y la belleza en su último grado de esplendor.....!

No quiere esto decir, sin embargo, que el autor dramático haya de convertirse en eterno predicador é infatigable moralista, nó; puede y debe en ocasiones presentar el vicio en escena, para que, en oposición con la virtud, dé lugar á la lucha, al contraste, á situaciones dramáticas interesantes; puede presentarse triunfante y exterminador

como un Don Juan Tenorio, aunque poetizado, porque la vida actual no es todavía la mansión de la justicia absoluta, ántes al contrario, continúa, y continuará por mucho tiempo, siendo el reinado de la maldad y de la ignominia....; lo que no puede el autor dramático, lo que no le es permitido en modo alguno es desmoralizar...., que esto sería desconocer y vilipendiar el glorioso Arte que cultiva.

El poeta, pues, cumple su misión reproduciendo ó realizando la belleza, que es el fin del Arte; pero es absolutamente imposible que una obra bella sea inmoral, áun en el caso de que no se considere á lo bello como un reflejo de lo verdadero, ni á lo verdadero como un aspecto de lo bueno: la belleza será siempre el polo opuesto de la inmoralidad.

El autor dramático, por tanto, que se limita á realizar la belleza en el Arte, conoce y realiza al mismo tiempo su divina misión aquí en la tierra; mas si á este fin principal y propio de la Poesía dramática acompaña también un fin moral; si el artista, á la vez que deleita, enseña y moraliza, su obra será todavía más perfecta y se hará acreedor á la inmortalidad.

En resumen; para que el teatro sea como quieren algunos—lo cual es difícil—una escuela de costumbres, es preciso que la dramática cumpla con los requisitos siguientes, que le son esenciales:

1.º El poeta, al reproducir gráficamente la vida humana, debe presentar á esta embellecida, porque el fin del Arte es la realización de la belleza.

2.º El poeta que siente arder en su frente el divino destello del genio, debe guiar á la sociedad hácia la esplendorosa luz que despide la belleza, fuente de toda inspiración; y antes que dejarse influir por las costumbres de un pueblo extraviado, falto de gusto artístico y de sentido estético, debe ser su más cruel azote y su implacable maestro. El poeta desmoralizador es un sér degradado y envilecido, indigno de que ciña su frente la aureola del artista.

Ahora bien, mi querida Amparo, ¿reune estas condiciones el teatro moderno?

En cartas sucesivas contestará á esta pregunta tu afectísimo amigo,

R. Carrasco y Alvarez

LOS ESTADOS CRISTIANOS DESDE 1212 Á 1350

ESTUDIO CRÍTICO-HISTÓRICO

(CONTINUACIÓN)

Por lo que á las Bellas Artes toca, la Literatura es entre ellas la que presenta un progreso más rápido y digno de verdadera admiración.

Comencemos por hacer su reseña histórica desde la aparición del romance, para poder comprender mejor toda la importancia del período que reseñamos, con respecto á la Literatura.

La ley filosófica, formulada en estos términos *Corruptio unius generatio alterius*, tuvo perfecto cumplimiento en la formación de nuestro idioma; en efecto, de la corrupción del latín en mezcla con vocablos griegos, árabes, hebreos, caldeos, etc., nació el romance castellano; cuya primera manifestación literaria constituyeron los poemas siguientes: *Libro de los tres Reyes d'Orient*, el de *Los Reyes Magos* y la *Vida de madona Santa Maria Egipcíaca*, poemas que, según opinión de un ilustre crítico contemporáneo, debieron ser escritos en la primera mitad del siglo XII.

Dichos poemas, á pesar de su rudeza y lo tosco de su metrificacón, tienen no escasa importancia literaria, aunque sólo sea por la representación que les cabe en la historia de las letras castellanas, toda vez que con ellos llegan, por vez primera á ser comprensibles para el pueblo, las tradiciones de la Iglesia.

El hecho de preceder la Poesía á la prosa en el desenvolvimiento literario de España, como de cualquier otro pueblo, tiene satisfactoria explicación si consideramos que la Poesía es el lenguaje del sentimiento caracterizado por la síntesis, mientras que la prosa lo es de la inteligencia, llevando como nota esencial el análisis, causa única, pero suficiente, para impedir al lenguaje prosaico su aparición hasta que el idioma se halla constituido.

Más tarde aparece la manifestación heroica de la Poesía popular con la *Crónica* ó *Leyenda de las mocedades de Rodrigo* y el poema de *Mío Cid*, inspiradas, según su título revela, en el más grande personaje que nos presenta la Edad Media de nuestra España, y que era, por decirlo así, la más pura y genuina representación de sus contemporáneos; en Rodrigo Díaz de Vivar.

El valor de ambos poemas consiste en ponernos de manifiesto las tendencias y aspiraciones de aquella sociedad, así como en ser la aurora, si vale la frase, de la Poesía heroica.

Sufre después la Poesía, á medida que los conocimientos científicos se extienden, una trasformación de vulgar á erudita, apareciendo un género intermedio ó mixto con *La disputación del cuerpo y del alma*, el libro de *Appollonio*, el poema de *Alexandre* y algunos otros de no escasa importancia.

La prosa, como instrumento literario, aparece con las Crónicas, que si bien en el fondo son idénticas á los cronicones por la multitud de fábulas que admiten, no obstante, dejan de ser una serie de hechos incoherentes, notándose ya en ellas el nuevo giro que iba á tomar la historia, casi perfeccionada, en la *Crónica General* de Alfonso el Sabio.

Entre los historiadores vulgares más notables podemos contar á D. Lucas de Tuy y al Arzobispo D. Rodrigo.

Pero si hasta aquí vemos que el desenvolvimiento científico y literario es sumamente lento, al llegar al reinado de Alfonso X nuestro ánimo no puede menos de maravillarse ante la gigantesca personalidad de este Monarca; y á la manera como la luz brilla radiante y fascinadora con un sol de medio día entre las sombras leves de ambos crepúsculos, así también brilla el esplendor de nuestra España cristiana en aquel momento histórico, para otra vez desvanecerse poco á poco en los reinados de algunos sucesores del Rey Sabio.

Escuchemos á un célebre crítico moderno hacer la apología del Soberano que nos ocupa:

«Eduardo D. Alfonso — dice — bajo los auspicios de doña Berenguela, cuyo amor á las letras era muy grande, se hizo desde luego notable por sus aficiones científicas y literarias, á las cuales debió principalmente que su fama y reputación se extendieran por Europa, que se hallaba admirada al contemplar la universalidad de los conocimientos que poseía el sabio Monarca español.

» Fué poeta relacionado con los trovadores provenzales de aquel siglo y con los árabes y judíos, cuya cultura le era muy conocida, y peritísimo además en Geometría, Astronomía y Ciencias físicas, pudiendo, por lo tanto, asegurarse que aventajó á todos sus contemporáneos en saber político, científico y literario.

» Don Alfonso asumió en sí todo el saber de aquella edad.

El mismo crítico añade lo siguiente á propósito de este asunto:

» como poeta, supo D. Alfonso expresarse con sentimiento é inspiración y en consonancia con las ideas de su pueblo y tiempo; como innovador, introdujo en la Poesía castellana el elemento lírico, hasta entonces desconocido, y en toda nuestra literatura el gusto oriental; como historiador, echó los cimientos verdaderos de la Historia patria; como político, filósofo y hombre de ciencia, fué superior á su siglo; como legislador, levantó el monumento jurídico más grande de la Edad Media, que aún se mira con profunda veneración en los tiempos presentes; y como hablista, ha dejado en el idioma patrio un rastro de luz que no se extinguirá mientras se conserve la hermosa habla castellana.

Hé aquí, pues, el mejor retrato que de D. Alfonso el Sabio he podido presentar.

Fué el genio gigante que resumió en sí todos los conocimientos científicos y literarios de la época que venimos reseñando.

Sedra Sanchez-Morán

(SE CONTINUARÁ)

TRASMISIÓN DE LA FUERZA

POR LOS HILOS TELEGRÁFICOS ORDINARIOS

Á LOS INFANTILES LECTORES DE ESTA REVISTA

EL día 6 del actual, ante una numerosa y escogida concurrencia, ha tenido lugar en los talleres de la Compañía del camino de hierro del Norte un experimento que marcará una fecha importante en la historia de la ciencia.

Se trataba de demostrar que las últimas dificultades que ofrecía el problema de la transmisión de la fuerza á grandes distancias, están hoy resueltas.

Hace como unos diez años que los sabios vienen preocupándose con la idea de trasportar, por medio de la electricidad, la fuerza de un sitio á otro.

Desde aquella época se han hecho varios ensayos. Se tiene una fuerza cualquiera, el vapor, el viento, la presión del agua; se sirve de ella para poner en movimiento una máquina dinamo-eléctrica.

Esta fuerza motriz se transforma en electricidad en la máquina; se pone la máquina en comunicación con otra máquina electromagnética por un hilo metálico, y la electricidad, al entrar en la segunda máquina, la hace dar vueltas, convirtiéndose en fuerza motriz. En los experimentos hechos hasta ahora se perdía en el camino casi toda la fuerza motriz empleada al partir.

Resulta de lo que acabamos de decir que la misma máquina produce electricidad si se la pone en movimiento, ó produce movimiento si se la agrega electricidad.

El principio estaba indicado; pero durante los años que siguieron no se supo sacar de él las consecuencias prácticas.

En 1879 se enseñaba que el máximo de fuerza que se podía trasportar era de cuatro caballos vapor, y que el máximo de distancia al que podía trasportarse era de dos kilómetros. Más allá disminuía rápidamente el rendimiento de fuerza en el punto de llegada. Á partir de tres kilómetros, no era practicable el transporte.

Entonces fué cuando Mr. Marcel Deprez, con un raro genio de aplicación, apoderándose de este problema, que le consideraba como tan estrechamente limitado, le estudió en todas sus partes, y se convenció de que el transporte de la fuerza podía operarse en grandes cantidades y á grandes distancias sin la pérdida observada en los primeros experimentos.

En la Exposición internacional de electricidad del Palacio de la Industria, donde obtuvo el diploma de honor, se vió la primera idea de tan hermosos trabajos. Allí se vió funcionar su sistema de distribución de la fuerza. De este último no pudo explicar más que la teoría, porque le faltó tiempo para hacer experimentos en grande escala.

Algunos meses después los hizo en la Exposición de electricidad de Munich.

Una máquina dinámica, instalada en Miesbach, fué unida por un hilo telegráfico á otra máquina instalada á 57 kilómetros de allí, en la Exposición.

De un punto á otro se transmitió, con una pérdida de 40 por 100 solamente, una fuerza de medio caballo, que fué empleada en la maniobra de una bomba centrífuga que alimentaba una cascada de un metro de ancho por tres de altura.

En el diario universal de electricidad, *La Luz Eléctrica*, que contiene además todos los trabajos científicos de Mr. Marcel Deprez, se pueden encontrar los detalles de este experimento.

Se había dicho que era imposible trasportar la fuerza más allá de tres kilómetros, y Mr. Deprez la ha trasportado á cincuenta y siete. Se había dicho que para pasar de tres kilómetros serían necesarios hilos de cobre muy gruesos, cuyo gran precio haría impracticable la operación, y Mr. Deprez se ha servido simplemente del hilo telegráfico ordinario.

Quedaba la última objeción. Consistía esta en decir que se había transmitido la fuerza de medio caballo, pero que no se llegarían á trasportar grandes fuerzas.

El experimento que acaba de hacerse tenía por objeto destruir esta objeción, y ha quedado destruida. Mr. Deprez, después de sus primeras concepciones, ha encontrado en el ilustrado concurso del doctor Cornelius Herz, el perseverante apoyo de la energía, propio para llegar á tan felices resultados.

Las máquinas dinamo-eléctricas de que se ha hecho uso hasta aquí no eran propias para el objeto que se proponía Mr. Deprez. Ha inventado, pues, una, como ha inventado todos los demás órganos de su sistema. La cantidad de electricidad que puede circular por un hilo, sin deteriorarle es limitada. Pasado este límite, el hilo se calienta y se gasta. Felizmente, la fuerza de una corriente eléctrica se compone de dos elementos: la cantidad y la tensión.

Sabido es que con el calor se obtienen los mismos efectos disminuyendo el volumen y aumentando la presión. Con la electricidad se obtienen los mismos efectos disminuyendo la cantidad y aumentando la tensión.

Mr. Deprez ha imaginado un tipo de máquina dispuesto de manera que dé la mayor tensión con la menor cantidad de electricidad posible.

El primer modelo de máquina que se ha construido con este objeto figuraba en la Exposición internacional de electricidad de Munich.

La misma máquina sirvió para los experimentos de que hablamos: un rincón del taller, en el fondo una primera máquina puesta en movimiento por una correa, y al lado una máquina dando vueltas sin motor aparente. Esto era todo. La primera ha-

cia la función degeneradora, es decir, que transformaba el movimiento en electricidad. Un hilo de 20 kilómetros partía de esta máquina, pasaba por el Bourget y llevaba, después de tan largo circuito, la electricidad á la segunda, que la transformaba en movimiento á los ojos de los espectadores. La primera máquina desarrollaba una fuerza de cinco caballos, y la segunda daba dos y medio próximamente. Como se vé, la pérdida queda sensiblemente la misma, cualquiera que sea la cantidad y cualquiera que sea la distancia. Siempre viene á ser 50 por 100.

La longitud del hilo en otro experimento era de 35 kilómetros. La generadora había gastado diez caballos, y se habían recibido cinco.

Gracias á este descubrimiento tan importante, se nos van á abrir reservas de fuerza inagotables: los torrentes que caen de cascada en cascada en las soledades de los Alpes, los vientos, el flujo y reflujo del mar, fuerzas hoy sin aplicación, y que un hilo telegráfico podrá poner á nuestro servicio.

En lugar de las máquinas de vapor, ruidosas, sucias y peligrosas siempre, un simple hilo irá á llevar á los talleres el movimiento.

Los pequeños industriales tendrán á domicilio esa fuerza motriz que en vano se ha buscado en el vapor, en el agua y en el gas.

Daniel García

MARTA

Era Marta una rubia tan hermosa
Y de tanto candor y gentileza,
Que parecía formada su belleza
Del aromoso cáliz de una rosa.
Plácida y nacarada
Cual la perla que el mar oculta y sella
En sus hondos abismos sepultada,
Brillaba en su mirada
La refulgente luz que se destella
De un día de primavera en la alborada.
Cuando el rubio cabello, destrenzado,
Por su espalda en mil bucles descendía,
El viento, enamorado,
Entre sus finas hebras se mecía,
Y mil palabras de cariño ardiente
Parece que al oído la decía;
Y las sencillas flores
Que alegres esmaltaban la pradera
De amor y de colores
Á impulsos de fecunda primavera,
Si entre su césped paséar la vían
Parece que más bellas se tornaban,
Y sus vivos matices le mostraban,
Sus más ricas esencias le ofrecían.
La conocí muy niña, y era tanta
La impresión que en el sér me producía,
Que no puedo explicarme todavía
Por qué faltaba voz á mi garganta
Cuando alguna palabra la decía.
Fué creciendo al compás de su hermosura
En gracia y donosura,
Y ya de quince á veinte,
En esa hermosa edad que todo es oro,
Ó al menos, lo parece,

Era Marta un tesoro
Más rico aún que al declinar los trece.
Tan sólo por ser rubia me gustaba,
Que en incesante anhelo
Há tiempo que mi pecho suspiraba
Por unos ojos de color de cielo
Y un cabello dorado cual soñaba.
Y no es porque yo crea,
Como alguno tal vez lo pensaría,
Que mujer que no es rubia ha de ser fea;
Pues en la patria mía,
Y en toda España, en su extensión entera,
Hay morenas hermosas, tan divinas
Como aquellas creaciones peregrinas
De Murillo y Van-Dik, Cano y Rivera.
Y como nunca amor pudo ocultarse
Á la vista del bien que nos desvela,
Sinó que, por el contrario, crece y vuela
Ganoso cada vez de ajigantarse,
Muy pronto, conocido el amor mío,
En el pecho de Marta tuvo entrada,
Aumentando en mí sér su fuerza y brío.
¡Qué idilio tan hermoso! ¡Qué ternura
Desplegamos al par en las querellas
Nacidas de su amor y mi ventura!
Yo admiraba su espléndida hermosura
Á la dudosa luz de las estrellas,
Y loco, entusiasmado,
De amor y de alegría,
En su hermoso semblante distinguía
Señales de un placer nunca soñado;
De un placer que convierte en grata calma
Tormento ya sufrido,
Y que envuelve en las brumas del olvido
Las tristes penas que sufriera el alma.
¡Cuántas veces los dos, en la arboleda,
Bajo un toldo de ramas y de flores,
Entonamos mil cánticos de amores,
Mientras feble soplabla el aura leda!
¡Y cuántas en tiernísimo concierto,
Cogidos de las manos, divagamos
Por las sombras espesas de su huerto!
¡Ay! cuán poco duró. La dicha humana
Es pintada ilusión que desvanece
El más leve rumor de la mañana,
Encanto inacabable nos parece
El más corto placer que disfrutamos,
Y abierto nuestro pecho á la alegría,
Sus goces aspiramos;
Pero, ¡ay! luego lloramos
Á impulsos de cruel melancolía.

Murió Marta. Batió sus blancas alas
El ángel de mi amor á otras regiones;
Y fúnebres, sin galas,
Quedaron mis doradas ilusiones.
Ella á la altura remontó su vuelo,
Robando á mi esperanza su hermosura,
Y mientras Dios la guarda allá en la altura,
Yo vivo desterrado aquí en el suelo
Llorando mi dolor y desventura.

Emilio Martínez y Soto

NUESTRO GRABADO

EN números anteriores habrán visto nuestros lectores la biografía de D. Antonio Rivera, hecha de mano maestra; conocido ya el hombre, es preciso que se forme ahora el concepto del artista.

Claro está que D. Antonio Rivera, pintor de mediados de este siglo, no ha alcanzado la fama de Rafael de Urbino, de Miguel An-

gel, de Leonardo de Vinci, ni tampoco la de Diego Velazquez, Bartolomé Murillo y Josef Rivera, *El Españolito*, lumbreras éstos últimos de nuestra patria, y creadores de la *Escuela española*. Pensamos, sin embargo, que en justicia no le puede negar nadie un mérito relativo en la esfera del Arte, y por esto le juzgamos con derecho indisputable á figurar en la galería de los pintores, hijos de Madrid, como un artista notable del presente siglo.

Sus principales lienzos son: una copia del gran cuadro de Rafaél que existe en el Museo Real, conocido por el *Pasmo de Sicilia*; el cuadro original de *Una Sacra Familia*, dedicado al ministro de Estado, cuadro que le valió el que el Rey Carlos IV le aumentase hasta 12.000 rs. la pensión de que venía disfrutando, con el fin de que permaneciera otro año más en París y pudiese pasar después á Roma á estudiar los grandes maestros de la pintura. Pintó al fresco el techo de la bóveda 18.^a de Palacio, representando la *Entrada de San Fernando en el cielo*. Otro techo en el Palacio del Real sitio del Pardo, representando *El Parnaso de los grandes hombres de España*, y otros muchos cuadros que sería prolijo enumerar, entre ellos el cuadro de composición en el que aparece Cincinato cuando le fueron á separar del arado para que dictase leyes á Roma, cuyo grabado ponemos en este número; cuadro juzgado muy lisonjeramente por su mismo maestro Mr. David, hasta el punto de darle un abrazo á presencia de todos los demás, como prueba de cumplida satisfacción.

Su genio raro y filosófico, en oposición con el trato falaz de la sociedad moderna, la sencillez, el descuido natural de su persona, etc., contribuyeron muy mucho á que su nombre no haya alcanzado el puesto envidiable que le corresponde en la Historia del Arte español.

Esclapa

LA TIERRA

SU FIGURA Y POSICIÓN EN EL ESPACIO

ERAMENTE invitado por mi querido amigo y distinguido compañero en la prensa, D. Antonio Carrasco y Álvarez, redactor en jefe de esta tan interesante Revista, para que allegue mi grano de arena á la construcción del grandioso y magnífico edificio de la educación de la infancia, he encontrado la primera dificultad al escoger el tema que había de presentar á la consideración de mis queridos infantiles lectores.

Pero decidido á satisfacer, en lo que me sea posible, el deseo de mi caro amigo, que



CUADRO DE DON JUAN ANTONIO RIVERA (sacado en fotografía, dibujado por Urabieta)

no desdeña el pobre concurso de mis escasas fuerzas, he pensado que, dada la innata curiosidad de los niños, nada debe cuadrar mejor á mi propósito que buscar la manera más clara y sencilla de contestar al eterno *¿por qué?* que á la presencia de cualquier fenómeno acude á sus inocentes labios.

Entre los muchos que habrán llamado vuestra atención, ninguno como el espectáculo sublime que en serena y apacible noche presenta á vuestra vista la bóveda celeste, tachonada de esos mil y mil puntos luminosos, entre los cuales descuella por su magnitud aparente, la Luna... Decidme, ¿no os habeis preguntado nunca, extasiados ante su contemplación, el *por qué* de su existencia....?

Pero, seguramente que ninguno de vosotros, á presencia de perspectiva tan grandiosa, se habrá fijado tal vez en que bajo vuestros mismos piés hay algo, y que el conocimiento de ese algo es tan importante como el de la habitación en que vivís, por ser mansión que el Supremo Hacedor nos ha concedido entre esa multitud de cuerpos que giran constantemente en el espacio infinito que nos rodea.

Ese algo, mis queridos lectores, es la Tierra, y sobre ella quiero llamar vuestra atención, pues de su estudio, juntamente con el de los seres que la pueblan y los fenómenos que en ella se suceden, sacaremos asunto para más de un artículo, circunscribiéndonos en este á dar una ligera idea de su figura y posición en el espacio.

Desde los primeros tiempos, los hombres pensadores, aquellos que dedicaron toda su actividad al estudio á fin de conocer las causas de las cosas, trataron de investigar la forma de nuestro planeta; y aunque, debido al poco desarrollo de los conocimientos astronómicos en aquella época, sentaron una hipótesis falsa al suponerle *plano*, no por eso dejan de merecer bien de la ciencia, puesto que fijaron la atención de las generaciones futuras sobre este punto, dando por resultado el que ya los Egipcios y Caldeos emitieran la opinión de su esfericidad, confirmada más tarde por Pitágoras, Aristóteles, Eratóstenes, Posidonio y otros sábios, como consecuencia de sus concienzudos estudios sobre dichas materias.

La tierra, pues, es redonda, ó al menos aproximadamente esférica, semejante á la figura de una naranja, con la cual puede compararse; afirmación que queda plenamente demostrada por los experimentos y consideraciones siguientes:

1.^a Colocados en lo alto de una montaña ó en medio del mar, no vemos en torno nuestro más que los objetos situados á cierta distancia, y esto no porque nuestra vista no alcance á percibirlos, sino por impedirnoslo la curvatura de la tierra.

2.^a Cuando una nave se acerca á una costa montañosa, lo primero que divisa es la cima de las montañas, después sus faldas,

y, por último, la llanura; recíprocamente, desde la costa, lo primero que se percibe de un buque es lo alto de los palos, después el velámen, y, por último, el casco.

3.^a La elevación sobre el horizonte de las estrellas circumpolares, á proporcion que avanzamos hácia cualquiera de los polos.

Demuestra la misma verdad los repetidos viajes alrededor del globo, cuyo iniciador fué el célebre Magallanes, el cual, partiendo de las costas de Portugal y doblando el Cabo de Hornos, llegó á la costa oriental de la China. No puede caber, por tanto, duda alguna acerca de la esfericidad de la tierra.

Mucho más encontrados han sido los pareceres emitidos respecto de su posición en el espacio.

Suponian, los que la consideraban plana, que estaba apoyada en los límites del horizonte é inmóvil, si bien no se daban cuenta de cómo el Sol, desapareciendo por Occidente, al lucir el nuevo día se nos presentaba por Oriente, siendo esta la causa de que la referida hipótesis fuese desechada y sustituida por la de aquellos que, aunque la suponían aislada en el espacio, la consideraban, sin embargo, apoyándose sobre los tan celebrados *ejes de diamante*.

Á estas opiniones siguieron otras, que fueron desechadas igualmente, hasta que Tolomeo pensó en agruparlas y formar con ellas su sistema planetario, el cual tiene por base la inamovilidad de la tierra, considerando á ésta como el centro alrededor del cual giran el Sol y los demás planetas.

Este sistema logró alcanzar gran prestigio en aquel tiempo, siendo el fundamento de posteriores estudios astronómicos, hasta que Copérnico descubrió por fin el movimiento de la tierra y la estabilidad del Sol, siendo éste el verdadero centro de nuestro sistema planetario.

La ideas vertidas por este célebre astrónomo tuvieron que luchar contra las preocupaciones de la época, preocupaciones debidas á lo que aparentemente ocurre, puesto que vemos el movimiento del sol, mientras que nosotros aparecemos inmóviles; fenómeno semejante al que observamos desde un coche de ferro-carril cuando espontáneamente atribuimos el movimiento del vehículo á los objetos que sucesivamente aparecen á nuestra vista.

Resultado de esta lucha de ideas fué el sistema de Tiko-Brae que, bien por combinar las dos hipótesis anteriores, bien por estar dominado por las mismas preocupaciones, ó tal vez no satisfecho de las razones emitidas por Copérnico, consideró á la tierra fija, girando á su alrededor el Sol y alrededor de éste los demás planetas.

Dieron la razón al sistema de Copérnico posteriores trabajos de insignes astrónomos, entre los cuales descuella Galileo, víctima de las ciegas preocupaciones de aquellos tiempos, á quien nuestro inmortal

Quintana, en su *Oda á la Imprenta*, dedica los siguientes versos:

«.....
Siente bajo su planta Galileo
nuestro globo rodar; la Italia, ciega,
le dá en premio un calabozo impío.....
.....

En tanto, el mundo sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.»

M. Villalba y Santos



É aquí la bellísima poesía que nuestro ilustrado colaborador, señor Guerra y Alarcón, dedica á la Infanta doña Paz con motivo de su celebrado enlace

Á S. A. R. LA SERENÍSIMA INFANTA DOÑA PAZ

EL AMOR

Es afecto y pura esencia
Que perfuma nuestra vida;
Es la flor bella, cogida
Entre sueños de inocencia.

Es de los días que pasan
Luz que alumbra donde yace;
Es un suspiro que nace
Entre miradas que abrasan.

Es un continuo anhelar
De corazones amantes,
Más rico que los diamantes
Y que las perlas del mar.

Es un sueño de ventura
Bajo nube pura y mansa,
En donde el alma descansa
Reclinada en la hermosura.

Es la sombra en el desierto,
Es el sol que al hombre anima,
Es el fuego que reanima
El corazón que está muerto.

Es la alegría y contento
Que el alma tranquila siente;
Es el raudal de la fuente
Para el viajero sediento.

Es el lazo de cariño,
El eslabon de armonía,
Que une á la noche y al día,
Que une al anciano y al niño.

Es el continuo sentir,
Es el perfecto acabar,
El eterno despertar
Ó el infinito morir.

Es el bálsamo divino
Que cura herida penosa;
Es la estrella esplendorosa
Que conduce al peregrino.

Es de las penas consuelo,
De los corazones gala;
Es una mágica escala
Para elevarse hasta al cielo.

Hasta lo infinito alcanza
É inspira á los corazones,
Porque nace entre ilusiones
Y vive de la esperanza.

Una fragancia, un vapor,
Una lágrima, una rosa,
Una visión misteriosa
Es en el mundo el amor.

Preciosa perla engarzada
De la materia en el lodo,
Donde lo vé el alma todo
Y aquella no encuentra nada.

¡Sublime pasión bendita!
¡Soplo del alma, divino,
Que en el seno cristalino
De una lágrima palpita!

¿Cómo pintar la grandeza
De ese delirio profundo,
Que trastorna á todo el mundo
Desde que á vivir empieza?

¿Cómo quereis que con calma
Siga cantando al amor,
Si el néctar embriagador
Va adormeciendo vuestra alma?

Antonia Guerra y Marón

EL VIEJO MISTERIOSO

CUENTOS DE JORRETO

(CONCLUSION)

Por qué tengo yo esto en el bolsillo? se preguntaba á sí mismo; no me lo explico; yo nada tenía cuando me quedé dormido; ¿quién me ha dado todo esto?

No desvanecía su confusión, y decidió al fin, pues que tenía un despertar tan agradable, llegar á su pueblo y vivir en él tan tranquilo.

En efecto, se volvió al pueblo, tan contento, que bailaba de placer por el camino.

Lo primero que hizo fué mandar decir una misa á la Virgen y repartir entre los pobres parte de su riqueza improvisada; quería dar gracias á Dios, porque para él nadie sinó Dios podía haber puesto en sus bolsillos aquel tesoro.

Todo el pueblo se quedó admirado de la riqueza del mudo.

Le preguntaban cómo había sido aquello, y cuando él lo explicaba por señas y por escrito, le tenían por loco; ¿quién le había de creer?

Así es que comenzaron á sospechar, y la verdad es que con algun fundamento sospechaban, porque hasta entonces ningún vecino se había dormido en el campo sin un cuarto en los bolsillos, y había despertado con ellos llenos de monedas.

Tampoco á mí me ha sucedido nunca, ni

espero que me suceda, como no sea lo contrario.

El hecho es que el mudo, mientras tanto, arregló su traje, mejoró su casa, tomó un criado y se puso en cura, porque no era de nacimiento su enfermedad.

IV

Pasaron muchos días. Los vecinos del viejo misterioso no le veían salir, como antes salía; no oían ruido por la casa, ni veían abrirse la puerta por las tardes.

—¿Os parece, dijo uno, que entremos á ver si está enfermo? No se ha de incomodar con nosotros al saber nuestras buenas intenciones.

Se aprobó esta idea por todos; se derribó la puerta, que costó mucho trabajo por que tenía muchos cerrojos, y entraron.

Todos los cajones y todos los armarios estaban abiertos, rotos y vacíos; las puertas de los dormitorios abiertas de par en par; las ropas tiradas por el suelo, y sobre la cama en que el viejo dormía, que toda estaba dcompuesta, vieron una mancha de sangre.

También en el suelo había gotas de sangre, que se extendían por toda la habitación.

Al verlas, fueron siguiendo el rastro que formaban, y llegaron hasta la cueva de la casa.

Encendieron antorchas para seguir, y siguiendo siguiendo, fueron siendo ménos frecuentes las gotas, hasta que al fin no vieron ninguna, y tuvieron que volverse atrás.

Al volver se les apagaron las antorchas: como vieran brillar la luz del día, se acercaron por donde penetraban sus rayos, y vieron un gran boquete abierto en el techo de la cueva, que daba á los corrales de la casa.

Entonces lo comprendieron todo.

—El viejo ha sido asesinado y robado: los ladrones y asesinos han debido huir por este sitio.

Y así había sido en efecto.

V

Aquel mismo día se supo el crimen por todos los pueblos circunvecinos.

Las autoridades investigaron cuanto pudieron sin descanso y con el celo más exquisito.

Al saberse el robo, las sospechas que habían recaído sobre el mudo, comenzaron á hacerse más vehementes.

Una vieja chismosa, de esas que miran por las cerrajas de las puertas y por las rendijas de las ventanas lo que sucede en la casa del vecino, y acercan sus oídos á las paredes para escuchar lo que dicen, murmuró del pobre mudo.

Y como la murmuración es lo mismo que una chispa que cae en un montón de pólvora, fué siendo cada vez mayor y cada

vez se extendió más, hasta que llegó á ser calumnia, y por todo el pueblo no se decía otra cosa más que esta:

«—Parece mentira; no se puede uno fiar de nadie; el mudo, el albañil que daba limosnas y decía misas á la Virgen, el que decía que había despertado con los bolsillos llenos de monedas, ese, ese ha sido quien ha muerto al viejo misterioso, ese quien le ha robado. Hagamos con él un escarmiento.»

Se abrió causa contra él, se le tomó declaración, en la que el pobre no hacía más que decir la verdad.

Pero tales se fueron poniendo las cosas, tan raras parecían sus exculpaciones, tan iguales las monedas que cambiaba á las que aún quedaban en la casa del viejo; tanto le comprometieron las declaraciones falsas de testigos envidiosos, que pudieron más que las razones que su tranquila conciencia le inspiraba, y el mudo fué tenido por autor de aquel robo y aquella muerte, y encerrado en un oscuro calabozo.

¡Tal se engaña la justicia humana!

¡Qué triste es que el hombre no sea como una caja de madera que se pudiera abrir, examinar su conciencia y volver á cerrarla después!

Sin embargo, el juez no veía en la causa más que indicios, muy fuertes, sí, para poder por ellos condenar al mundo, pero no suficientes todavía. Mas cuando registrándole la casa se encontró en un estante viejo la cartera en la que los asesinos habían puesto documentos y notas que verdaderamente le comprometieran, entonces el juez, por más que el inocente reo protestaba y negaba haber escrito aquello, dictó contra él la sentencia de muerte, sentencia de muerte que pronunció tranquilo cuando declararon los campesinos que desde el sitio donde vieron dormido al mudo, al rezar las oraciones, hasta el pueblo, se habían encontrado una porción de monedas iguales á las que él tenía.

VI

Había llegado el día de la ejecución del mudo. Precisamente alrededor del sitio en que los criminales enterraron al viejo misterioso se empezó á construir el tablado sobre el que había de morir.

Los carpinteros empezaron la obra, concluyeron el tablado, pusieron la escalera y comenzaron á levantar el palo.

Muchos curiosos andaban alrededor viendo construir aquel triste aparato.

Pero estaban trabajando los carpinteros, cuando los espectadores murmuraban entre sí:

—¿Pues qué? ¿Es que hoy ha de morir otro, además del mudo? Y esto se lo preguntaban porque sobre el tablado veían levantarse dos banquillos.

Y así era en efecto. Al lado de los carpinteros del pueblo trabajan otros carpinte-

ros que nadie conocía y que construían otro patíbulo igual que el de aquellos.

Los espectadores preguntaban á los carpinteros conocidos quiénes eran aquellos que desconocían y trabajaban á su lado; mas ¡cosa rara! los carpinteros á quienes se preguntaba, miraban y no veían á los otros; sólo veían que al lado del suyo se elevaba sólo otro aparato igual, y llenos de espanto, preguntaban:

—¿Quién ha hecho este patíbulo exactamente igual que el nuestro? Lo derribaremos.

Quisieron derribarlo y el hacha se les hizo pedazos y se les partió la sierra; trajeron otras, y les sucedió lo mismo; así es que abandonaron el tablado y corrieron por el campo despavoridos.

VII

La pradera se fué llenando poco á poco de gente, de esa gente sin corazón que se goza en el tormento de sus hermanos, que se ríe cuando ellos lloran, y ansía que llegue el día de la ejecución, como si fuera el día de una fiesta.

Las campanas tocaron á espiro, y en tanto que hasta el aire se entristecía perdiendo en sus ecos melancólicos los suspiros de aquellas misteriosas lenguas de metal, el pueblo exhaló un grito de gozo.

Era que la fúnebre comitiva se acercaba.

Los guardias despejaron el sitio.

Las gentes arrojaban piedras y escupían al mudo, insultándole y escarneciéndole.

¡Por fin la ansiada víctima subió al tablado!

En tanto, los verdaderos criminales, los que asesinaron y robaron al viejo misterioso, supieron el triste fin del mudo.

El alma suya, endurecida por repetidos crímenes, quiso coronar el último con el inaudito de ver morir al que iba á morir por ellos.

Con este intento estaban cerca del tablado esperando que llegara el supremo instante de que al condenado se le retorciera el pescuezo.

Por fin sonó la hora. El sacerdote exhortó al albañil, aunque él podía exhortar al sacerdote; se preparó el verdugo, y ya iba á dar la vuelta al torno fatal, cuando el mudo, retorciendo sus músculos de una manera incomprensible, rompió las cuerdas que le oprimían, partió la argolla que sujetaba su cuello, y levantándose, exclamó con una voz vibrante y clara, que hizo enmudecer á todos:

—¡Dios mío, Dios mío, abre los ojos del pueblo que me rodea, para que vea que muero en la inocencia!

Entonces los dos criminales temblaron de pies á cabeza; sus cabellos se erizaron; no podían moverse, y su rostro se quedó más blanco que el papel en que estoy escribiendo esta historia.

Las tablas del cadalso se rompieron, y por ellas, lo mismo que se levantan los per-

sonajes en las comedias de magia, se levantó el viejo misterioso.

Estaba cubierto de una túnica blanca; sus cabellos y sus barbas blancas caían sobre su espalda y sobre su pecho más aún que cuando estaba vivo.

Lanzó por todas partes una mirada, que penetró hasta la conciencia de todos, cambiando su brutal alegría en confusión y arrepentimiento.

Luégo, adelantándose hácia el sitio donde estaban los criminales, se alargaron sus brazos, y cogiéndoles por los cabellos, los colocó debajo de las argollas.

Allí les hizo confesar su crimen, de modo que todos le oyeron, pidieron su muerte y la libertad del mudo, al cual aquella emoción tan fuerte le volvió para siempre la palabra.

Los criminales fueron agorratados.

El viejo misterioso se desvaneció como se desvanecen las figuras de la linterna mágica.

El albañil se casó con una mujer honrada, fué muy querido en el pueblo, tuvo dos hijos, y no sé si vive aún; por lo menos vive uno de los hijos, que es el que á mí me contó el cuento que á tí te cuento.

EL LAGO

Cerca de un lago de plata
la zagala Rosalía
tranquila se entretenía
mirándose con afán;
y próximo á tal paraje
un arroyo murmuraba,
donde alegre se miraba
el mancebo más galán.

Era el lago trasparente
de la pastora el consuelo,
y el diminuto arroyuelo
del pastor el dulce bién;
en aquél, la hermosa niña
horas enteras lloraba,
y en éste, el joven pasaba
horas enteras también.

Tenían ambos espejos
tal virtud en sus cristales,
que no había otros iguales
en todo el valle cabal;
y en vano los campesinos
acudían á mirarse,
pues al ir á aproximarse
se oscurecía el cristal.

Mas un día, la pastora
halló un atractivo nuevo,
porque divisó al mancebo
junto al lago seductor;
sus ojos, al encontrarse,
dieron de cariño amago,
y desde entónces, el lago
fué el espejo de su amor.

E. Archanabal

HISTORIA DE LAS COLUMNAS.

(CONCLUSION)

La columna del orden compuesto es su base en razón del toro inferior, ó sea una derivación de la base ática, teniendo la columna 24 estrias circulares y separadas por un listel; las hojas del capitel son de acanto. Las volutas son angulares, y penetran dentro del vaso del capitel. Del florón que está en el centro del abaco sale de cada lado un follaje ó adorno que llena la parte hueca de la voluta.

Se pueden citar como espécimas las columnas del arco de Sétimo Severo, el palacio de los Césares y las ruinas del de Octaviano en Roma.

**

Columna toscana.—Esta columna, descrita por Vitrubio, no puede ser considerada como un sistema arquitectónico original y especial, siendo, como es, una reproducción degenerada de la del dórico-griego, componiéndose el capitel de un abaco, un equino y un gorjal con astrágalo y filete, y la base se componía de plinto, de un toro y un filete.

Las columnas más antiguas que se conocen de este orden son las descubiertas en las ruinas del templo de Júpiter en el monte Albano.

Y, por fin, resulta de las observaciones que el orden dórico romano se deriva directamente del orden toscano.

Tales son los datos que hemos podido recoger sobre la historia de las columnas empleadas por los antiguos en Europa y Asia. Los modernos han fijado sus dimensiones á cada orden, y éstos concretados á tipos invariables.

Vitrubio pretende que hay cierta analogía entre el cuerpo humano y cada orden. Así, el orden dórico figuraba el hombre en la edad viril; el orden jónico, la mujer en la edad de la razón ó adulta, y el orden corintio en la edad juvenil.

Además, este mismo autor asegura que los griegos atribuyen á cada orden una clase de divinidad. Así, el dórico, como severo, antiguo é imponente, era aplicado á los templos levantados en honor de los grandes dioses Júpiter, Hércules; el jónico, elegante y gracioso, se adoptaba con preferencia en los templos de Juno, Apolo y Baco, y por fin, el corintio estaba reservado á los de Venus y Flora.

Ramón Farrerón Sala

MADRID --1883

IMPRENTA DE F. NOZAL

CALLE DE LAS HUERTAS, 59